

5 Febrero / 98

1499

Verdad es que ese día parece lejano, y que, antes de su llegada, pueden ocurrir muchos y serios sucesos; pero nadie negará que es muy posible.

La irrupción en la China de los europeos ha de traerlo por necesidad á la corta ó á la larga. Cuanto mayor sea su influencia, y mas se estienda y la penetre, será tambien mas eficaz para lograrlo. Fundarán fábricas como han hecho en la India, llevarán sus máquinas y procedimientos y mas pronto ó mas tarde, como ha sucedido con el Japon, acabarán por enseñarles y convencerles, y en esta hipótesis, no descabellada, y cuya transición al hecho es solo cuestión de tiempo, habrán de sobrevenir grandes mudanzas y no pocos cataclismos en la existencia de los Estados europeos.

De mal agüero, por tanto, mirando bajo este aspecto las cosas, se nos presenta el afán inmoderado, hijo de la ambición y de la codicia, que domina en algunas naciones, y las atrastra á entrometerse en los negocios de China, y á pensar, por lo menos, en la anexión de su territorio. Nadie sabe si en los inescrutables designios de la Providencia se trocará acaso en pérdidas enormes lo que se considera como bien cuantioso. En el pecado va envuelta á veces la penitencia, y en donde se aguarda la ventura surge inesperadamente la desdicha.

Y la misma rivalidad que á consecuencia de este deseo reina entre ellas será, á no dudarlo, eficaz acicate para apresurar la catástrofe. Los peligros no se ven cuando ciega la codicia, sino el interés del momento, y á él se sacrifican la previsión y la prudencia. Rusos, alemanes é ingleses batallarán entre sí para adquirir la preponderancia, y su competencia y esfuerzos parciales por vencer allanarán el camino para lanzar á los chinos en las sendas del progreso, traerlos á la vida moderna y amaestrarlos en lo que ignoran y no quieren aprender, y hoy en las armas, mañana en los caminos de hierro y en los telégrafos, y pasado en los misterios de la industria y del lejano comercio, concluirán al cabo de sacarlos de su atraso y de su aislamiento, y en despertar para su daño al monstruo, hasta ahora inofensivo que duerme.—E. M.

Madrid 1.º de febrero de 1898.

LOS MALES DE LA PRENSA.

La *Revue Bleue* de París abrió una información sobre la prensa. «Puesto que la palabra hablada ó escrita—dijo M. Berenger, iniciador de esta información,—es el gobierno de las democracias; puesto que la escuela, la prensa y el Parlamento son los nuevos poderes directores; puesto que se ha declarado la bancarrota de la ciencia oficial y del parlamentarismo, y que se empieza á hablar ya de la bancarrota de la prensa, miremos frente á frente sus males y reflexionemos sobre las condiciones del periodismo contemporáneo y los medios de mejorarlo.»

Con este objeto se dirigió á las notabilidades del mundo intelectual mas indicadas para formar juicio sobre ello, y hé aquí algo de lo mas saliente del resultado obtenido, que si bien se refiere especialmente á la prensa francesa, tiene un valor general innegable.

M. Eduardo Drumont, el violento periodista director de la *La Libre Parole*, católico á su manera (es decir, con violencia), antisemita furioso, echa la culpa del rebajamiento de la prensa á la magistratura. Dice que la actitud de la magistratura con respecto á la prensa puede reducirse á este precepto: «Haced pagar la publicidad lo mas cara posible y anunciad cuanto se os presente, sin temor de obstáculo alguno; pero si os atrevéis á denunciar cualquier trampa financiera, no habrá piedad para vosotros, y os condenaremos á pagar enormes indemnizaciones al trampista que os persiga por difamadores, aunque hayais dicho la verdad. Os son permitidas las mas viles caricias, pero prohibidos los ataques mas justos.» Despues de este vibrante diagnóstico, propone como remedio que todas las causas de imprenta sin escepcion sean sometidas al jurado, y que puedan probarse las imputaciones lanzadas contra alguna persona, escepto en lo referente á la vida privada. «Quizás tambien pudiera pedirse—añade—que las asociaciones de periodistas fuesen mas escrupulosas en la admision de sus miembros; pero la verdad es que si exigian á cada uno todas aquellas cualidades que se requieren para ser periodista perfecto, ¿cuántos altos funcionarios, diputados

y hasta ministros se encontrarían dignos de ser periodistas?» Y en su periódico *La Libre Parole* añade: *Tener* es hoy el complemento necesario del verbo *ser*. Descartes decía: «Pienso, luego existo.» Hoy el escritor debe decir: «¡Tengo, luego puedo escribir libremente. Silencio á los pobres!»

M. Jaurès, el jefe de los socialistas de la Cámara francesa, opina que, siendo la prensa un reflejo del estado social, sin reformar éste no cabe regeneración para aquélla. «La sociedad actual—dice—está fundada sobre el poder del dinero; la industria del periodismo ha entrado á formar parte de la grande industria; necesita grandes capitales; como éstos no los puede obtener de la masa anónima de los lectores, ha de apoyarse en el capitalismo; y es vana pretension querer hacer entrar el capitalismo en la categoría de la Moralidad». Entonces, actuando solemnemente de pontífice retórico del socialismo, añade: «Todo esto será barrido por las aguas violentas de las próximas tempestades. La única inquietud consiste en preguntarse si la actual sensualidad de cenáculo ó de mercachifle habrá ó no gastado la energía de nuestra raza. Despues de todo, los hombres del siglo XVIII, saturados como estaban de literatura sensual, supieron batirse y morir bien».

El sociólogo Max Nordau cree que el público es el gran culpable: «el periódico no existe mas que por sus lectores: si es muy leído, resulta una potencia; si no lo es, como si no existiera. Así, pues, cuando un periódico, á pesar de sus embustes, calumnias, malas artes para hacer dinero, estupideces enciclopédicas y pornografías, continúa siendo solicitado, y próspero, y envidiado é imitado, es porque el lector apetece aquel pasto y no quiere otro; es porque aquellas bajezas no le repugnan; es, en fin, porque está formado de la misma pasta que su periódico; y por tanto no puede quejarse: tiene el periódico que se merece». Aparte de ello, el Dr. Max Nordau supone que la influencia de la prensa es decisiva en las pequeneces de la vida social, en las modas, en lo que depende del capricho del individuo; pero insignificante en lo sustancial: contra un gobierno fuerte, contra cualquiera institucion que no se intimide con facilidad, nada absolutamente puede la prensa por sí. Porque los periódicos solo tienen palabras, y los poderes constituidos tienen actos: y el hecho es siempre mas sugestivo que la palabra.

El vicepresidente de la Cámara, M. Poincaré, se inclina á buscar el remedio en una legislación que atienda tanto á los derechos de la prensa como á los del público.

A lo cual contesta M. Maurice Barrès: «Si la ley diera á los gobiernos facultades para restringir la libertad de la prensa, ¿qué uso harían de esas facultades los ministros prevaricadores? Es locura dar fuerza á los gobernantes contra los publicistas, cuando de publicista á gobernante va cero.... Al fin y al cabo se puede aplicar á la prensa el apólogo de Esopo sobre la lengua: dígase de ella todo el bien que se quiera, y es verdad; dígase todo el mal, y tambien es verdad.»

«El periódico—dice el economista Leroy Beaulieu—es el bufon del moderno soberano, del pueblo; solo se atreve á decirle las verdades bromeando. La prensa se dirige á las masas, y las masas nunca han sido modelo de delicadeza moral ni intelectual.... Se pretende que la corrupcion de la prensa proviene de que es esclava de la plutocracia; pero la verdad es que los plutócratas son mas bien víctimas que culpables de tal corrupcion. En toda emision financiera cada periódico quiere su parte, y, si no se le da, amenaza con el *chantage*: hay muchos que solo por él se sostienen.... Para elevar el nivel moral de la prensa hay que empezar por elevar el del país.»

Zola contesta en dos frases: «Soy partidario de la libertad ilimitada de la prensa; la quiero para mí, y procuro tenerla para los demás. El torrente, hasta con sus impurezas, lo fecundará todo; sin libertad no hay verdad.»

A esto parece replicar el periodista Julio Case cuando dice: «La prensa es libre... pero ha dejado de existir. No la ha matado la libertad, sino que se le ha dado la libertad cuando se la ha visto muerta, es decir, desautorizada. Despues de la muerte ha venido la descomposicion. La prensa está pudriéndose... Detrás de esta vendrá otra: la condicion de su probidad consistirá en que sea ardientemente revolucionaria.»

M. Luciano Marc, director de la *Illustration*, preconiza la redencion de la pre a

sa por el anuncio bien explotado; la explotación del anuncio garantiza la independencia y la moralidad del resto del periódico. En apoyo de esta tesis cita... el *New York Herald*.

Otro corresponsal cita esta frase de amarga decepción: «El periodismo ya no es una potencia; es un oficio. Para hacer algo de provecho hay que dejarlo, y acudir al libro». Lo singular es que esta frase la dijo uno de los que iniciaron el periodismo-oficio: M. de Girardin.

Al lado de esta frase de excesiva decepción pongamos en el ramillete otra de una resignación también excesiva: «Los defectos de la prensa (como los del sufragio, del militarismo, de la democracia) son un mal con el cual hay que acomodarse: se vive con ellos como con la *grippe*, el reuma, la neurastenia y tantas otras afecciones crónicas que afligen á la humanidad». Así habla el delicado y penetrante escritor M. Eduardo Rod.

El filósofo y sociólogo Alfredo Fouillée dice como resumen de muchas de las opiniones anteriores: «La solución del problema consiste en una completa libertad de la prensa al lado de una responsabilidad también completa. La libertad de llevar un cuchillo en la faltriquera no implica la libertad de acuchillar á los transeúntes. Libertad sin responsabilidad es licencia y tiranía: es la negación de la libertad igual para todos. En Inglaterra cada cual imprime lo que quiere, pero por su cuenta y riesgo; y á veces las indemnizaciones á los perjudicados han arruinado y hecho desaparecer al periódico». Y fijándose luego en la función social de la prensa añade: «No es verdad que el periodismo sea hoy simplemente una mera función de información rápida. No; piénsese que el periódico es la principal y cuasi la única lectura del pueblo, y esto solo ya le atribuye una misión educadora: en el obrero, en la mujer, en el niño las ideas se convierten fácilmente en fuerzas. Había verdad profunda en el concepto que en pasados tiempos se tuvo del *sacerdocio de la prensa*: concepto que hoy nos hace sonreír, y al cual, sin embargo, habrá que volver un día ú otro, porque fuera de él no hay *democracia posible*.»

Vamos á concluir y resumir este extracto con un párrafo de la contestación que ha dado la «Unión por la acción moral», porque nos parece que con este párrafo se pone verdaderamente el dedo en la llaga, y que, meditándolo bien y obrando en consecuencia, lo demás se puede dejar á un lado como fantasías y paliativos. Hé aquí lo que dice: «Se acusa á la prensa de corruptora: mas valiera acusarnos virilmente á nosotros mismos, y procurar convertirnos en hombres que saben lo que se hacen. Pero la moda de los exámenes de conciencia ha pasado, y nos parece mucho mas cómodo echar la culpa de nuestras faltas á las tentaciones que nos rodean. Sin embargo, el remedio verdadero solo puede salir del esceso del mal; á veces la naturaleza produce por sí misma las náuseas que libran al organismo de los venenos que contiene.»

J. MARAGALL.

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 2 de febrero.

La labor optimista que los ministeriales están llevando á cabo, por lo que se refiere á la solución de la cuestión de Cuba ha producido, no obstante los esfuerzos practicados, escasa impresión en la opinión pública, que desea hechos y no anuncios, que las mas de las veces dejan de tener confirmación; pero, como ya los mantenedores de la nota lisonjera se han convencido de que es preciso apelar á otros procedimientos para infundir confianza á todos, se me ha dicho hoy sin ninguna clase de misterio, aludiendo á conversaciones mantenidas por los mismos individuos del gabinete, sin duda para dar mayor autoridad á la especie, que el viaje del general Blanco al departamento Oriental de la isla no sería infructuoso para la paz, pues allí, que es precisamente donde mayor número de fuerzas tienen acumuladas los enemigos de España, es donde hay mas vivos deseos de llegar á un acuerdo bajo la base del reconocimiento del nuevo régimen, y, aunque Calixto García se opone á toda transacción, las diferencias entre este cabecilla, Rabí y algunos otros hábilmente explotadas por los partidarios del au-